

AQUI ESCRIBE TITO MUNDT



- Al pie de un recuerdo...

Hace cinco años que murió Nicomedes Guzmán.

Fue uno de los mejores novelistas en un país en que la novela está en pañales al lado del resto de América. A la hora de Sábato, Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez, Asturias y tantos más, Chile se vé un poco sólo y triste en medio del panorama literario continental.

La última vez que vi a Nicomedes fue poco antes de su muerte. Estaba haciendo antesala en una editorial. Lo habían tramitado semanas de semanas. Guzmán no era un escritor a la busca de párrafitos en los diarios ni de los que no se perdía cóctel para estar en la onda.

Trabajaba solidariamente y quería meter el drama del pueblo dentro de las páginas de un libro. El verdadero conventillo, el auténtico cité, la legítima lucha social, los huelguistas verdaderos que habían asomado en las páginas de Baldomero Lillo, Joaquín Edwards Bello y Manuel Rojas, fueron los protagonistas básicos de los escasos libros que publicó este muchacho joven que tenía cien novelas bajo la piel, que no alcanzaron a llegar al papel ni desfilar más tarde hacia las librerías vestidas definitivamente de libros.

Su vida misma fue una novela. Una novela negra y amarga. Luchó contra la miseria y la incompreensión. No conoció el bienestar ni la tranquilidad. Vivió a salto de mata. Escribió infatigablemente en piezas sombrías y en barrios hosecos y ceñudos. No tuvo el mínimo de comodidad y sobre todo de soledad que exige una profesión tan heroica como es la de contar una ficción pieza a pieza. Trabajó en medio de la lucha sin cuartel por el pan cotidiano.

Por eso me dió una pena negra cuando vi en un sólo diario de Santiago un artículo de recuerdo a su memoria.

No hubo las largas parrafadas con que se evocan otras fechas tristes y emocionantes de la literatura nacional. Faltaron los adjetivos y los ditirambos. Se notó el vacío que rodeó siempre su turbulenta existencia.

Porque Nicomedes fue un hombre un poco hurraño y distante. No había nacido para el coctelito insustancial ni el té literario entre señoras ociosas dobladas al francés, que gustan exhibir escritores jóvenes entre dos chismes sociales, un par de tragos y el mordisco de un pelambre agudo como flecha.

El peleó sólo, por su cuenta, con bandera propia, sin más amigos que una masa anónima y lejana que no sabe escribir artículos en las fechas de aniversario y que no manda hacer coronas para llevarlas al cementerio.

Ese amigo tan silencioso como él y que el escritor metió a empujones en sus libros, dejando estampado allí su drama para siempre, se llama sencillamente el pueblo.

Y el pueblo no tece artículos reminiscentes, ni hace recuerdos melancólicos.

Le basta con ser la auténtica sangre y la legítima esperanza...